

tó respetuosamente el factotum del conde.

—Sí... el señor Pilet Desbuttes, un hombre que está en muy buena posición. Tiene más escudos que yo céntimos... os lo aseguro.

—¿Es rico?

Chavarux dijo con gran respeto:

—Tiene millones.

—¿Y para qué le sirven?—observó Marius Chabert.—No por eso está gordo.

Y cogiendo con cierto mimo la barbilla á Claudia, añadió riendo:

—Vos me gustáis mucho más que este. ¿Es vuestro marido este punto?

Ella se puso muy colorada y contestó:

—Sí.

—¡Desconfiad de él! Si le pagasen bien vuestro pellejo, extendería en seguida la mano para coger los cuartos del que le propusiese la venta. ¡Demonio y lo que le gusta al hombre la moneda!

Claudia contestó francamente:

—Es que á mí me ocurre lo propio.

—Entonces os habéis juntado una buena pareja.

Marius Chabert levantaba las tapaderas de las cacerolas y aspiraba el perfume de las salsas, dando suspiros de aprobación.

—¿Quién sirve á la mesa?—preguntó.

Claudia contestó:

—No lo sé... Chavarux es tan torpe. ¡Tenemos en casa una joven; pero es tan orgullosa!

—¿Una joven hija vuestra?

—¡Oh! no... una señorita que tenemos á nuestro cuidado.

—Yo lo arreglaré todo—dijo el granadero sin dirigir más preguntas.

Y salió de la cocina, se dirigió al salón y con una servilleta al brazo anunció sin humildad y sin falsa vergüenza:

—¡El señor conde está servido!

XVIII

Recuerdos de la infancia.

En aquel inmenso comedor de artesonados techos, de severísimos muebles de encina, no había más que dos comensales.

Aquello era solemne y triste.

Allí hubiera hecho falta una larga mesa llena de vajilla y de flores y una numerosa compañía.

Se veía allí la soledad y el abandono. Pero el fuego que lo purifica y lo iguala todo, ardia en la alta chimenea, haciendo brillar la vajilla de plata olvidada en los armarios y hacia resaltar la belleza de los cuadros del comedor representando cacerías de ciervos, conejos y faisanes.

El joven detrás del cual se hallaba de pié

Marius Chabert, mientras que el notario se servía una enorme chuleta de ternera, examinaba aquellas antiguas pinturas con ojos de inteligente, cuando la voz del señor Pilet le sacó de sus reflexiones.

—¿Cómo encontráis vuestros dominios? ¿Estáis satisfecho de vuestra visita, señor conde?

—Sí, ya conocía Aubignac...

—¡Oh! habeis venido aquí hace muchos años—objetó el señor Pilet, al mismo tiempo que devoraba la carne.

Y para disculpar aquel modo de tragar observó:

—El aire de esta tierra es muy vivo, señor conde, y da un apetito devorador.

Jorge de Caylus se contentó con sonreír, diciendo:

—Creo que tendremos con qué satisfacerlo.

Y añadió:

—El aire puro me ha sido recomendado por los médicos. Parece ser que me conviene para fortalecerme... Esta es la única razón que me trae á Aubignac. Estoy decidido á permanecer aquí bastante tiempo.

—¿Y París?...

El joven movió la cabeza.

—Así como así, no me gusta aquello—dijo—soy un tanto salvaje... Mi infancia ha sido un tanto triste... El accidente que me ocurrió y á consecuencia del cual me he quedado cojo, me ha hecho casi aborrecer la sociedad... Me gusta leer, soñar y trabajar á solas... me he acostumbrado á ello... Mi padre no paraba en casa... Mi madre, ocupada en sus obras de caridad, nos tenía abandonados en manos de nuestros preceptores.

Y añadió como si temiese haber dicho demasiado:

—Es muy buena y muy generosa para con nosotros, y la mejor prueba es que de un plumazo nos ha dado los derechos que la correspondían sobre la herencia de mi padre.

—Vuestro hermano, si no me equivoco, no tiene el mismo carácter que vos.

El joven se animó.

—¡Oh! no—dijo—pero hay más de una razón para que exista esta diferencia. Raimundo

es alto y robusto, va á cumplir muy pronto treinta años... está lleno de vida y de grande alegría, es buen jinete y muy habil en todos los sports. Para expresarme bien, tiene ardiendo en su interior el fuego sagrado de los placeres... Ya comprenderéis que con semejantes condiciones es natural que le agrade París, que no salga de la ciudad más que muy raras veces, mientras que yo...

Movió la cabeza, y cambiando de conversación preguntó:

—Poneos de este guisado de conejo.

—Con mucho gusto—contestó el notario, reconociendo en aquel guisado la mano de su antigua criada.

—¡Caramba! ¡caramba!—dijo al mismo tiempo que escogía algunos pedazos,—es una magnífica cocinera la mujer de vuestro jardinero. Con una mujer así se puede tratar divinamente á los amigos que vengan á veros á vuestros dominios de Aubignac.

Y prodigó toda clase de elogios á Claudia.

Al oírle se le hubiera creído dotado de todas las cualidades, de una abnegación á toda prueba, de una inteligencia muy viva, de una aptitud sorprendente y que servía para todo.

¿Y Chavarux?

Un poco bruto, muy rudo; pero muy fiel. ¡Qué probidad la suya!

—Es un buey para el trabajo, señor conde. ¡Lleva ya seis años en la casa!

El señor Pilet-Desbuttes estaba contentísimo por haberle colocado en la casa; no hubiera encontrado cosa mejor.

Aunque se hubiese rebuscado en toda la provincia, y no porque falten gentes honradas;

pero no era fácil substituir servidores como los Chavarux.

El antiguo granadero quitaba y ponía platos, trinchaba la carne y las aves con una ligereza y una precisión extremas; pero de cuando en cuando dirigía al notario una mirada oblicua, examinándole de arriba á abajo.

Aquella cabeza hipócrita y aquella falsa mirada tan poco franca le desagradaban.

Desconfiaba de él y se decía:

—A tí, amigo mío, si yo estuviese aquí mucho tiempo, no te perdería de vista.

Y englobaba á la familia Chavarux en aquella desconfianza á causa de las apologías del notario.

—Estas gentes deben entenderse como ladrones en feria.

¿Pero qué podían hacer? Muy poco.

Su amo, aquel hombrecillo de veintitres años, dulce, de aspecto melancólico, enfermizo en apariencia, estaba cubierto de las raterías de aquellos aldeanos rapaces y de aquel notario de provincia.

Poseía una bonita fortuna formada por magníficas posesiones en provincias y fincas en París, un nombre ilustre y además estaba el allí.

Marius Chabert, antiguo profesor de esgrima, una casualidad había colocado al lado del menor de los Caylus, hacía unos diez años próximamente.

Desde entonces no se había separado de su lado.

El maestro y el discípulo sentían el uno para el otro una amistad inalterable.

Sirvieron el asado, después el café.

El Sr. Pilet puso azúcar en el suyo, cuando el nuevo propietario de Aubignac le preguntó:

—¿Cuándo hace algunos años vine aquí, no tenían los jardineros una niña muy joven á pupilo?...

—¿Os acordáis de ella?

—Perfectamente. Era muy bonita entonces.

—¿Lo creéis así?

—Hace mucho tiempo de esto, pero no la he olvidado...

—Tenéis una memoria excelente.

—Se llamaba Aurora, según creo...

—En efecto...

—Aurora de nombre y Milton de apellido, como el gran poeta inglés. Ahora me acuerdo perfectamente.

—Es sorprendente.

—¿Sigue aún aquí.

—Sí.

—¿No tiene familia?

—Quizás la tenga, pero lo que es cierto es que ella no la conoce.

Aquellas preguntas le parecieron al Sr. Pilet muy inoportunas y contestaba á ellas de mala gana.

Mientras que la historia de su oscura pupila permanecía, por decirlo así, limitada á las cercanías de Aubignac, no veía inconveniente, siendo por lo demás un mal necesario.

Los que más sabían, era que la hermosa de Aubignac, ó más bien, que la señorita Aurora era de origen desconocido, que el señor Pilet era el único que debía conocer su procedencia, que la joven no había visto nunca á sus pa-

dres, y que desde el día en que una mujer desconocida la había llevado al país, nadie más que el señor Pilet se había ocupado de ella.

Cuando interrogaba á los Chavarux, y eso que ya habían cesado de hacerlo, estos permanecían completamente mudos, y lo cierto era que nada podían decir, porque era muy difícil hacer hablar al notario de cosas que no quería divulgar.

El notario hubiera querido guardar silencio á las preguntas del menor de los Caylus, pero quién puede guardar discreción ante un cliente de semejante importancia.

El hipócrita anciano se rascó la cabeza con cierto embarazo.

—¡Caramba! señor conde, quisiera daros toda clase de datos sobre esa joven, pero yo mismo no sé ni una palabra.

—¡Vos!

—En una palabra, he aquí lo que puedo decir: No se puede saber ni quién es, ni de dónde viene. Se ignora todo cuanto á ella se refiere, como en las óperas cómicas:

«Su nombre, su patria, su nacimiento.»

—¿Pero es posible?

—Es rigurosamente cierto. Pudiera agregar, á pesar de lo desairado que para mí pudiera resultar en este asunto, en el cual he sido mezclado muy contra mi voluntad, que he obrado como un necio.

El señor Pilet Desbuttes pronunció estas palabras con énfasis.

—¡Como un necio!

El conde Jorge de Caylus tuvo que sonreírse á la fuerza y exclamó:

—¡Oh! eso es inadmisibile, no se puede creer.

En efecto, aquello era increíble.

Podían achacársele al notario una infinidad de cualidades ó de defectos, según los sentimientos que por él se sintiesen, pero la necesidad ¡jamás!

—Sí, en verdad—insistió con una bondad que casi atrajo á su partido hasta el desconfiado granadero;—me dejé engañar por la apariencia noble y generosa de la desconocida con quien me tuve que entender en aquella época, aunque solo fué por breves momentos. Era á una hora muy avanzada de la noche. Debía escribirme después, darme una infinidad de detalles y de instrucciones indispensables.... Envié á buscar á los Chavarux... Me merecían gran confianza... Aquella mujer les entregó la niña y desapareció... Hace ya de esto diez y ocho años, y desde entonces—oidlo bien—no he vuelto á saber nada.

El señor Pilet-Desbuttes dejó caer sus largos brazos con desesperación, y murmuró:

—¡Me engañaron, me engañaron como á un niño, ya os lo he dicho!

Y añadió:

—Me lo había ocultado todo... Su nombre y el de la niña... Cuando la pregunté cómo debía llamar á la niña, me contestó: «Aurora Milton» dándome el primer nombre que se le vino á la cabeza... Si me preguntáis por qué no pedí más datos, os contestaré que durante su visita permanecí como en un sueño... No me he encontrado nunca bajo el peso de una emoción tan punzante como aquella.

Estas palabras fueron pronunciadas con conmovedor acento de verdad.

Marius Chabert empezaba á creer que aquel

UNIVERSITY OF MICHIGAN
BIBLIOTHECA UNIVERSITARIA
"ALBERTUS"
1825-MICHIGAN LIBRARY

buen señor Pilet podía ser, en efecto, un hombre excelente.

—¿Os dieron dinero para subvenir á las necesidades de la niña?— preguntó el joven conde.

—Con largueza... para los primeros años, por lo menos... Después debían enviarme fondos... ¡Así me lo prometieron!... ¡Ah! ¡no podía suponer!... No... Aquello era muy natural: No me han mandado nada, y la niña se hubiese encontrado en una situación imposible.

El señor Pilet Desbuttes levantó los ojos hacia el techo.

—Pero la Providencia ha ayudado—añadió con tono misterioso.

Ni el conde ni Marius, casi curados de sus prevenciones, no dudaron ni un momento que la Providencia aquella vez se había presentado bajo la forma de notario.

Y el señor Pilet Desbuttes, saboreando el moka preparado por Claudia y adicionado con unas gotas de añejo coñac, terminó diciendo:

—Ya la niña ha crecido, está bien educada; tiene, á Dios gracias, cuanto se necesita para luchar por la vida, puesto que los que le dieron el ser la han abandonado. Está en disposición de ganarse el sustento.

Marius Chabert había guardado hasta entonces el silencio de un criado perfectamente educado; pero al oír estas palabras no pudo por menos de exclamar:

—¡Oh, eso no es tan fácil como parece!

Y en seguida tosió como para ahogar el ruido de aquella exclamación tan inoportuna.

El conde, sin embargo, la había oído.

Y preguntó:

—¿De modo que tiene diez y ocho años?

—Sobre poco más ó menos.

—¿Es hermosa?

El señor Pilet abrió la boca, desprovista de dientes, é hizo un gesto de admiración.

—Más de lo que os podéis imaginar. No hay desde Vichy á Clermon-Ferrand una belleza que pueda competir con la de ella.

—¡Bah!

—Es tal y como tengo el honor de decirlo.

—No me choca... De niña prometía mucho. Era la niña más encantadora del mundo.

—Pasó con gran ligereza la edad ingrata. A los quince años era ya una maravilla.

—¿Es alta?

—Bastante, de esbelto talle y hombros desarrollados.

—¿Rubia ó morena?

—De un color castaño muy poco pronunciado, de abundantes cabellos, rasgos de una delicadeza admirable, con unos ojos negros é irresistibles. Tiene un cutis de una frescura que sería extraordinaria si el aire puro del campo no le hubiese curtido un poco.

El notario quería halagar el amor propio del joven propietario.

—¿Dónde encontraréis—dijo—un clima preferible al de nuestro hermoso país, un cielo más puro y unos horizontes más encantadores? Y sobre todo en Aubignac, en este magnífico parque, en medio del follaje y de la verdura... Declarad conmigo que no se hubiera podido escoger mejor cuna para una niña cuyo nacimiento parece una verdadera novela.

El señor Pilot pareció muy satisfecho de sí mismo.

Su delgada silueta fué sacudida en el interior de su larguísima levita por una risa que encantaba.

Marius Chabert pensaba:

—¿Me habré equivocado al juzgar á este hombre? ¿Estará ciego hasta tal punto?

El señor Pilot, volviéndose de repente hacia el conde que le ofrecía un cigarro, le dijo:

—¡Gracias no fumo!... ¿De modo que la joven os interesa mucho?

Jorge de Caylus se encogió de hombros.

—Sí y no—dijo casi con indiferencia;—me interesa como un recuerdo de la infancia que me ha venido más de cien veces á la memoria. Un día á mi hermano y á mi nos trajeron á este gran castillo. Mi madre estaba con nosotros. También había algunos criados. Veníamos de Vichy, donde mi padre tomaba las aguas. Me fuí dando un paseo hacia las ruinas, que parecen querer demostrar aun su antigua magnificencia. Me paseaba sin rumbo fijo, cuando á alguna distancia oí cantar y vi debajo de un arco que aun permanecía en pie una cabecita que al verme se asusto.

«Quiso en seguida escapar, pero yo la llamé dulcemente y abriéndose paso entre las malezas vino hacia mi con algun temor.

»No olvidaré nunca la dulzura y la fineza de aquellos rasgos de niña.

»Hace de esto unos diez años y la aparición la tengo tan presente como el primer día.

»—¿Qué haces ahí?—la pregunté.

»—Me paseo... ¿Y vos?

»—Yo también... ¿Vienes amenudo por aquí?

»—Casi todos los días.

»—¿Vives en las cercanías?

»—En la casa del jardinero.

»—¿En el castillo?

»—Sí, allí, en el castillo.

»—¿Eres acaso la hija del jardinero?

»Me parece que en el tono que empleo en su contestación había cierto orgullo.

»—¡Oh! no.

»—¿De quién entonces?

»—Pareció buscar y dijo moviendola la cabeza.

»—No lo sé, de nadie sin duda.

»—¿Cómo te llamas?

»—Aurora.

»—¿Y qué más?

»Volvió á contestar.

»—No lo sé.

»Y haciéndose cariñosa—me preguntó á su vez.

»—¿Y tu como tellemas?

»—Jorge.

»—¿Eres de aquí?

»—No.

»—¿De dónde?

»—De París.

»—¿Está lejos?

»—Muy lejos.

»—¿Para que has venido aquí?

»—Para ver y pasearme...

»—¿Has venido solo?

»—No, he venido con mi madre.

»Reflexionó, se mordió los labios y dijo:

»—¡Ah, tú tienes madre!

»—¿Acaso no la tiene todo el mundo?

»La niña volvió á reflexionar, y dijo tristemente:

»—¡Oh, no!... ¡Yo no!...

»Nos paseábamos por las ruinas el uno al lado del otro; de repente se paró, y examinándome y viéndome cojear, me dijo:

»—¿Qué tienes que andas tan mal? Cualquiera diría que te vas á caer. ¡Eso es muy feo!...

»Su voz era tan dulce, su carita tan encantadora, que aunque yo era aún niño, me parece que aunque viviese cien años no olvidaría ni una de las palabras que me dijo.

»Iba vestida con un trajecito negro y por encima un delantalito escocés y los cabellos sujetos con una cinta de seda azul. ¿Qué ha sido después de ella?»

El señor Pilet explicó que después la habían llevado á la pensión de Moulins, un convento; que había estado allí seis años, y que por fin la habían sacado las últimas vacaciones de Pascuas para no volver más, que una de sus amigas del convento se había encariñado de tal modo con ella, que eran muy amigas; que ahora le era preciso tomar una resolución y encontrarla un marido ó darla una carrera; que había hecho por ella cuanto había podido, pero que ya no tenía obligación de ir más allá?

—¿Conoce ella su situación?

—No.

Había retrocedido siempre ante la crueldad que había en exponerla claramente la verdad. No se atrevía á hacerlo por bondad.

El señor Pilet casi tenía lágrimas en los ojos.

En aquel momento Marius Chabert le hubiese dado el Señor sin confesión.

—Además—añadió el notario—sigo siempre esperando una revelación de los padres ó una petición de matrimonio, pues tiene su belleza gran reputación.

¡La hermosa de Aubignac!

—¿Dónde está?—preguntó Jorge de Caylus.

—¿Queréis verla?

—Por curiosidad... ¡Pobre muchacha!

El señor Pilet llamó.

Claudia apareció.

—¿Dónde está Aurora?—preguntó el notario.

—En casa de su amiga la señorita de Solmes, en la Sauvetière.

—¿Lejos de aquí?—preguntó el conde.

—A tres leguas.

—¿Por mucho tiempo?

—Por algunos días.

El joven contuvo un movimiento de contrariedad.

—Y nosotros nos vamos mañana—dijo, volviéndose hacia Marius Chabert.

Y añadió dirigiéndose al notario:

—No es más que un compás de espera... Volveremos...

Claudia aguzaba el oído; los propósitos del conde la habían inquietado en un principio, pero cuando salió pensaba:

—¡Volverás si quieres, amiguito, pero ya será tarde!

También ella tenía sus propósitos.